

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LXI, número 9 (2.857)

Ciudad del Vaticano

1 de marzo de 2024



Ser operadores de paz

Catequesis de los miércoles en página 10

En el Ángelus, llamamiento del Papa en memoria del segundo aniversario del inicio de la guerra

Una solución diplomática para una paz justa y duradera en Ucrania

“Abogo por el restablecimiento de ese poco de humanidad que cree las condiciones para una solución diplomática en busca de una paz justa y duradera” en Ucrania: este fue el ruego del Papa Francisco en el Ángelus del 25 de febrero, al día siguiente del segundo aniversario del inicio de la guerra a gran escala en el país europeo. A pesar de haber suspendido sus audiencias por motivos de salud tanto el sábado pasado como el lunes 26 - “por precaución”, ya que persistían “síntomas gripales leves, sin fiebre”, anunció la Oficina de Prensa de la Santa Sede-, el Pontífice había vuelto a asomarse a la ventana de su estudio privado en el Palacio Apostólico Vaticano para recitar la oración mariana del mediodía con los veinte mil fieles presentes en la Plaza de San Pedro y con quienes le seguían a través de los medios de comunicación. Comentando como de costumbre el Evangelio del domingo, se detuvo en el episodio de la Transfiguración de Jesús. Publicamos, a continuación, su meditación.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

El Evangelio de este segundo domingo de Cuaresma nos presenta el episodio de la Transfiguración de Jesús (cf. Mc 9, 2-10).

Después de anunciar su Pasión a los discípulos, Jesús toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, sube a un monte alto y allí se manifiesta físicamente en toda su luz. Así les revela el sentido de lo que habían vivido juntos hasta ese momento. La predicación del Reino, el perdón de los pecados, las curaciones y los signos realizados eran en realidad chispas de una luz mayor: la luz de Jesús, la luz que es Jesús. Y de esta luz los discípulos no deben apartar nunca más los ojos, sobre todo en los momentos de prueba, como los que se acercan ahora con la Pasión.

He aquí el mensaje: no apartes nunca los ojos de la luz de Jesús. Un poco como hacían antiguamente los campesinos que, al arar los campos, centraban la mirada en un punto preciso que tenían delante y, manteniendo los ojos fijos en la meta, trazaban surcos rectos. Esto es lo que estamos llamados a hacer los cristianos en el camino de la vida: tener siempre ante los ojos el rostro resplandeciente de Jesús, no quites nunca los ojos de Jesús.

Hermanos y hermanas, ¡abrámonos a la luz de Jesús! Él es amor, Él es vida sin fin. A lo largo de los caminos de la existencia, a veces tortuosos, busquemos su rostro, lleno

de misericordia, de fidelidad, de esperanza. Nos ayudan a lograrlo la oración, la escucha de la Palabra, los Sacramentos: La oración, la escucha de la Palabra y los Sacramentos nos ayudan a mantener la mirada fija en Jesús. Y este es un buen propósito para la Cuaresma: cultivar miradas abiertas, convertirnos en “buscadores de luz”, buscadores de la luz de Jesús en la oración y en las personas.

Preguntemos: en mi camino, ¿mantengo la mirada fija en Cristo que me acompaña? Y al hacerlo, ¿dejo espacio para el silencio, la oración, la adoración? Por último, ¿busco cada pequeño rayo de luz de Jesús, que se refleja en mí y en cada hermano y hermana que encuentro? ¿Y me acuerdo de dar gracias al Señor por ello?

Que María, resplandeciente de la luz de Dios, nos ayude a mantener la mirada fija en Jesús y a mirarnos los unos a los otros con confianza y amor.

Tras el Ángelus, el Papa recordó el doloroso aniversario del conflicto en Ucrania, pero también el de otros países “devastados por la guerra”, como Israel y Palestina. Después habló de la violencia en la República Democrática del Congo y de los demasiados secuestros en Nigeria. Por último, antes de despedirse de los grupos presentes, expresó su cercanía al pueblo de Mongolia, azotado por una ola de frío extremo, signo de la actual crisis climática.

Queridos hermanos y hermanas

Ayer, 24 de febrero, recordamos con dolor el segundo aniversario del comienzo de la guerra a gran escala en Ucrania. ¡Tantas víctimas, heridos, destrucción, angustia, lágrimas en un período que se está haciendo terriblemente largo y cuyo final aún no se vislumbra! Es una guerra que no sólo está devastando esa región de Europa, sino que está desatando una onda global de miedo y odio. Al tiempo que renuevo mi más profundo afecto por el atormentado pueblo ucraniano y rezo por todos, especialmente por las numerosas víctimas inocentes, abogo por el restablecimiento de ese poco de humanidad que cree las condiciones para una solución diplomática en busca de una paz justa y duradera. Y, hermanos y hermanas, ¡no nos olvidemos de rezar por Palestina, por Israel y por los numerosos pueblos devastados por la guerra, y de ayudar concretamente a los que sufren!



Pensemos en tanto sufrimiento, pensemos en los niños heridos, inocentes.

Sigo con preocupación el aumento de la violencia en la parte oriental de la República Democrática del Congo. Me uno al llamamiento de los obispos a rezar por la paz, esperando el fin de los combates y la búsqueda de un diálogo sincero y constructivo.

Son preocupantes los secuestros cada vez más frecuentes en Nigeria. Expreso mi cercanía en la oración al pueblo nigeriano, esperando que se hagan esfuerzos para frenar en lo posible la propagación de estos episodios.

También estoy cerca de la población de Mongolia, azotada por una ola de frío intenso que está teniendo graves consecuencias humanitarias. Este fenómeno extremo es también un signo del cambio climático y de sus efectos. La crisis climática es un problema social global, que afecta profundamente a la vida de muchos hermanos y hermanas, especialmente a los más

vulnerables: recemos para que se tomen decisiones sabias y valientes que contribuyan al cuidado de la creación.

Les saludo, fieles de Roma y de diversas partes del mundo, especialmente a los peregrinos de Jaén (España), a los jóvenes greco-católicos rumanos de París, a las Comunidades Neocatecumenales de Polonia, Rumanía e Italia.

Saludo al Pontificio Seminario Interregional Campano de Posillipo, a la Secretaría del Foro Internacional de Acción Católica, a los Scouts de Paliano y a los confirmandos de Lastra Signa, Torre Maina y Gorzano.

Saludo también a la Federación Italiana de Enfermedades Raras, al Círculo Cultural 'Reggio Ricama', a los miembros del Movimiento No Violento y a los voluntarios de la Asociación N.O.E.T.A. Y saludo a los muchachos de la Inmaculada.

Les deseo a todos un buen domingo. Por favor, no olviden rezar por mí. Buen almuerzo y hasta luego.

Mensaje del Papa a un congreso promovido por el episcopado español

Todos tienen derecho a la educación

La educación es “una labor coral, que pide siempre colaboración y trabajo en red”. Con esta invitación a no estar “nunca solos” y a evitar la “autorreferencialidad”, se dirigió el Papa Francisco en un mensaje a los participantes en el congreso sobre el tema: “La Iglesia en la educación: presencia y compromiso”, promovido por la Conferencia Episcopal Española a través de la Comisión Episcopal de Educación y Cultura. El encuentro, al que asistieron unas 1.200 personas, celebró el día 24 en Madrid su sesión de clausura. En su mensaje -fechado el 20 de febrero y publicado en la web del episcopado español-, el Pontífice subraya que la educación “no es posible sin apostar por la libertad abriendo paso a la amistad social y a la cultura del encuentro”. Publicamos, a continuación, el mensaje del Pontífice.

Queridos hermanos:

Os saludo a ustedes participantes del congreso convocado por la Conferencia Episcopal Española en Madrid. He sabido que hace cien años tuvo lugar otro gran congreso semejante promovido por los obispos de España. La misión educativa de la Iglesia permanece a lo largo de los siglos. Entonces y ahora nos impulsa una misma gran esperanza que brota del Evangelio, con la que miramos a todos, empezando por los más pequeños y vulnerables.

La educación es, ante todo, un acto de esperanza en quien tenemos delante, en el horizonte de su vida, de sus posibilidades de cambio y de contribución a la renovación de la sociedad.

Hoy, la misión educativa tiene una urgencia particular, por eso he insistido en un pacto educativo global, cuya prioridad es saber poner en el centro a la persona.

Todos tienen derecho a la educación, nadie debe ser excluido. No puedo dejar de recordar a tantos niños y jóvenes sin acceso a la educación en diversas partes del mundo, que sufren opresión e incluso la guerra y la violencia.

Me alegro mucho de que vosotros queráis hacer propia esta urgencia de la educación en este congreso. Trabajad por vuestras necesidades, en España, sin olvidar a nadie. Sed sensibles a las nuevas exclusiones que genera la cultura del descarte. Y no perdáis nunca de vista que la generación de relaciones de justicia entre los pueblos, la capacidad de solidaridad con los necesitados, y el cuidado de la casa común pasarán por el corazón, la mente y las manos de quienes hoy son educados.

Lo propio de la educación católica en todos los ámbitos es la verdadera humanización, una humanización que brota de la fe y que genera cultura.

Cristo habita siempre en medio de nuestras casas, habla nuestra lengua, acompaña a nuestras familias y a nuestro pueblo.

Cómo olvidar la presencia y el compromiso de la Iglesia con la educación en vuestra tierra, de tantas per-



sonas y comunidades que han contribuido con su labor a la identidad cultural de vuestra sociedad, y que han enriquecido incluso el camino de la Iglesia universal.

Los animo a que sigan reflexionando y caminando juntos, a que valoren

su identidad y su fe. La educación es una labor coral, que pide siempre colaboración y trabajo en red; no se queden nunca solos, eviten la autorreferencialidad. La educación no es posible sin apostar por la libertad abriendo paso a la amistad social y a

la cultura del encuentro. Agradezco que la Iglesia en España haya querido mirar a su misión educativa en toda su amplitud. Podría decirse que es un signo de los tiempos. También doy gracias en especial a todos los educadores, agentes y protagonistas de la educación, a veces cansados y poco valorados hoy. Vuestra misión es querida por Dios y es muy importante para vuestros hermanos.

Jesús bendiga a las familias que tienen que educar a sus hijos y a todos los que estáis entregados a la misión educativa de la Iglesia. La Virgen Santa los cuide.

Estoy cercano a todos ustedes y los aliento a seguir siendo artesanos de la paz. Rezo por ustedes. Por favor, háganlo por mí.

Que Jesús los bendiga y nuestra Madre de Guadalupe los cuide. Fraternalmente.

La intención de oración para el mes de marzo

Por los nuevos mártires testigos de Cristo

Por los nuevos mártires, testigos de Cristo. Es la intención propuesta por Francisco para el mes de marzo y difundida por la Red Mundial de Oración del Papa con el vídeo publicado en el sitio web www.thepopevideo.org y a través de la aplicación *Click To Pray*.

La breve grabación comienza con el triste sonido de una campana que se sostiene casi milagrosamente sobre un campanario casi completamente destruido. Debajo, una iglesia profanada, tal vez explotada con bombas, donde en la penumbra ha quedado una estatua de la Piedad. María con el Hijo bajado de la cruz en brazos expresa mejor la tragedia que se ha realizado. Terminada la escena, el Papa Francisco se refiere a un hecho real que le contó un musulmán que conoció en la isla griega de Lesbos. «Este mes -explica el Pontífice- quiero contarles una historia que es un reflejo de la Iglesia de hoy. Es la historia de un testimonio de fe poco conocido. Visitando un campo de refugiados en Lesbos un hombre me dijo: “Padre, yo soy musulmán. Mi mujer era cristiana. Llegaron los terroristas a nuestro país, nos miraron y nos preguntaron nuestra religión. Vieron a mi mujer con el crucifijo y le dijeron que lo tirara al suelo. Ella no lo hizo y la degollaron delante de mí”. Histórico».

El Papa subraya que el hombre «no tenía rencor». Más bien, se centraba «en el ejemplo de amor de su mujer, un amor a Cristo que la llevó a aceptar y ser leal hasta la muerte».

La historia se repite en el vídeo, donde se hace inmediata a los ojos del espectador a través de la escena de unos terroristas con el rostro cubierto que amenazan a una mujer, le obligan a renegar de su fe y, mientras ella protege el crucifijo que lleva al cuello, se da a entender que la matan. El recuerdo de la sangre de los cristianos derramada por la fe en Cristo en muchas partes del mundo atraviesa todo el metraje. De hecho, también fluyen imágenes de comunidades cristianas en peligro y ejemplos de valentía: como el del primer siervo de Dios de Pakistán, Akash Bashir, que murió a los 20 años en 2015 para evitar un ataque terrorista a una iglesia llena de fieles en Lahore.

El Papa Francisco señala que «siempre habrá mártires entre nosotros. Es la señal de que vamos por el camino correcto. Una persona que sabe me decía que

hay más mártires hoy que al inicio del cristianismo. El coraje de los mártires, el testimonio de los mártires, es una bendición para todos».

Precisamente por esta razón, el vídeo de este mes se ha realizado con el apoyo de la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada (ACN), cuya misión es ayudar a los fieles dondequiera que sean perseguidos, oprimidos o en dificultades a través de la información, la oración y la acción. La fundación estima que en el mundo los cristianos que viven en naciones de persecución son más de 307 millones. En este sentido, Regina Lynch, presidenta ejecutiva, destaca que «la libertad religiosa, reconocida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, es un derecho inalienable y ningún cristiano debería perder la vida por haberla ejercido. Es fundamental garantizar el derecho a practicar la propia fe como parte de la dignidad de todos los seres humanos». Por esta razón, afirma que la intención de Francisco de este mes es «muy importante para alentar la oración por las víctimas de la persecución, así como para apoyar a aquellos que sufren discriminación a causa de su fe».

El vídeo concluye con las imágenes de tumbas de cristianos, iglesias semidestruidas, pero también con comunidades en oración y que participan en la misa, signo de la fe y de la confianza en Dios a pesar de las persecuciones. Desde aquí, la invitación del Papa a rezar para que «quienes, en diversas partes del mundo, arriesgan su vida por el Evangelio, contagien a la Iglesia su valentía, su impulso misionero. Y abiertos a la gracia del martirio».

Comentando el tema elegido por el Pontífice, el jesuita Frédéric Fornos, director internacional de la Red Mundial de Oración del Papa, subraya que «estamos llamados a dar testimonio de Cristo con toda nuestra vida. Un mártir es un testigo de Cristo cuya misma existencia es un testimonio viviente, es decir, encarna el Evangelio a riesgo de su propia vida, sin recurrir a la violencia».

Traducido a 23 idiomas y con una cobertura de prensa en 114 países, el vídeo ha sido creado y producido por la Red Mundial de Oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la Comunicación.

La respuesta a la demanda de justicia social

Para todas las religiosas, responder a la llamada de Dios y dedicar su existencia a Él y a su obra es el comienzo de una nueva vida: sor Elaine Sánchez lo hace cuidando a los hijos de las familias obreras en los centros de día de las Hermanas de la Sagrada Familia, en California y Nevada.

CHARLOTTE HALL

En aquel día de 1968 en que es asesinado Martin Luther King, sor Elaine se encuentra en el Centro de Día de Las Vegas: la mayoría de las familias asistidas son familias de negros. Sor Elaine recuerda vivamente la gran tristeza de aquel día por todos ellos: "Eran mi gente -dice recordando aquel día- y yo lloré con ellos". Había planeado participar en la

Un alojamiento asequible, un tema imprescindible

Cuando en la década de 1990 los precios de la vivienda se dispararon, en California el tema de la vivienda asequible se convirtió en una cuestión importante. En respuesta a esa necesidad, en su calidad de nueva presidenta de las Hermanas de la Sagrada Familia, Sor Elaine guía a su comunidad en la búsqueda de un constructor de viviendas sociales a quien vender una parte del terreno adyacente a la Casa Madre. Muchos vecinos y miembros del ayuntamiento se oponen a este proyecto.

Inmediatamente, sor Elaine está a la vanguardia de la necesidad de viviendas asequibles. Lucha con la complejidad del gobierno de la

de la Sagrada Familia hacen de su compromiso contra esta práctica inhumana una prioridad. La hermana Elaine se une a la hermana Caritas Foster en el análisis del fenómeno del tráfico de personas, para luego formar a otros sobre este problema. Cuando su preparación y su capacidad para influir en el sistema se vuelven efectivas, la sección local del FBI les pide que se conviertan en parte de su tarea, tal vez contra el tráfico de personas. Juntos forman un grupo para informar y formar a las personas sobre el problema, para defender a las víctimas y desarrollar formas de luchar contra este fenómeno. En 2017, en una ceremonia a nivel nacional celebrada en Washington D.C., el FBI otorga un reconocimiento a las Her-

donde todas las personas y todos los seres vivos son tratados con respeto.

Sor Elaine se ha comprometido de primera mano para que Fremont adopte, en 2016, la Carta de la compasión. El documento afirma que "el principio de la compasión es el núcleo de toda tradición ética y espiritual y siempre nos llama a tratar a los demás como a nosotros mismos nos gustaría ser tratados. La compasión nos compromete a todos a reconocer la santidad de cada ser humano, ninguno excluido o exceptuado, tratándolo con justicia, equidad y respeto".

Con la adopción formal de esta Carta, sor Elaine y otras personas trabajan para difundir el mensaje de la inclusividad y para combatir



marcha que tendría lugar al día siguiente en Las Vegas en memoria de Martin Luther King, pero cuando la superiora se entera comunica que las monjas no asistirán porque ninguna otra comunidad religiosa lo hará. Sor Elaine cuenta: "Fui a la iglesia, entonces, a rezar, dispuesta a obedecer el deseo de mi superiora. Pero vino uno de los padres de uno de los niños de nuestro Centro de Día y me preguntó: "Hermana, ¿pero vendrás con nosotros a la marcha?". En ese momento supe que tenía que participar. Fue una voz muy fuerte que me decía: «Tú estás hecha para esto: esto es lo que debes hacer».

Sor Elaine siente claramente que Dios la está llamando a participar en la marcha, pidiéndole que haga de la justicia social una parte integral de su ministerio. Esta llamada la lleva a defender los derechos humanos, la igualdad y la justicia en todas sus facetas.

ciudad, habla en las reuniones del ayuntamiento y presenta su proyecto a diferentes grupos. Durante los muchos meses que han tardado en llevar a cabo el proyecto, sor Elaine y las hermanas de la Sagrada Familia, impertérritas, logran superar la oposición de muchos adversarios, allanando así el camino para la construcción de Oroysom Village, que ofrece viviendas asequibles para las familias, mientras que para los ancianos se realiza Avelina: ambos son hoy modelos para un mayor desarrollo.

A raíz de su trabajo en el tema de la vivienda asequible, a Sor Elaine se le pidió que colaborara en la Comisión «Fremont's Human Relations», que aborda situaciones complejas en esa ciudad culturalmente diversa.

La lucha contra el tráfico de personas

En 2008 estalla la bomba del tráfico de personas. Las Hermanas

de la Sagrada Familia por su importante contribución en este campo.

Apoyar la compasión y la inclusión

Durante más de 12 años, sor Elaine ha trabajado en el Consejo Interreligioso de las tres ciudades (Fremont, Newark y Union City, California) cuyo objetivo es aprender de las diferentes tradiciones religiosas y respetarlas, así como trabajar juntos por una sociedad inclusiva. Este grupo tiene un fuerte sentido de la justicia social y entre sus compromisos está el de preparar a Fremont para unirse a comunidades de todo el mundo, ganándose el título de Ciudad Compasiva y adoptando la Carta de la Compasión.

El propósito de una ciudad compasiva es comprender todos los elementos de una comunidad en una unidad inclusiva, donde el bienestar del individuo y de toda la comunidad es una prioridad y

los temas de odio y prejuicio; en los foros públicos y en las reuniones de la ciudad ofrecen formación sobre la inmigración, la inseguridad alimentaria y la condición de las personas sin hogar.

Un año después de ser declarada Ciudad Compasiva, el Consejo Interreligioso de Fremont colaboró con la Comisión de Relaciones Humanas para redactar una resolución que reafirma que Fremont es un lugar "donde todos los hombres, mujeres y niños, independientemente de su raza, religión, nacionalidad, género, discapacidad u orientación sexual puedan vivir, estudiar, trabajar y jugar en armonía ..." y que declara a Fremont una "ciudad santuario".

Respondiendo a lo que Dios le ha pedido que haga, sor Elaine sigue comprometida con quienes no tienen voz y dedica su vida a obtener justicia social para todos.

#Sistersproject

Un pastor cercano a los pobres

GIULIO ALBANESE

Quien escribe en estos días ha tenido la oportunidad de leer con gran interés las actas de un congreso que se llevó a cabo en la Universidad Pontificia de Salamanca con motivo del 25 aniversario de la fundación de la Cátedra del cardenal Ernesto Ruffini (10-12-1998) sobre el tema: "La opción por los pobres en el ministerio pastoral del cardenal Ruffini". Establecida con el fin de profundizar en estudios bíblicos, de eclesiología y de la doctrina social de la Iglesia, así como en el pensamiento y la acción del cardenal Ernesto Ruffini, arzobispo de Palermo de 1946 a 1967, año de su fallecimiento, la Cátedra ha promovido la publicación de los actos del congreso. Esto recuerda lo afirmado por S. Juan Pablo II en su mensaje enviado con motivo de la inauguración de la Cátedra (10-12-1998), expresando sus mejores deseos para que esta iniciativa contribuyera a aumentar la cultura de inspiración cristiana, a vivificar y hacer más incisivo el mensaje dirigido al hombre y a la sociedad de hoy. A través de ella, escribió, se desea dar a conocer el reconocimiento del trabajo pastoral, intelectual y social del cardenal Ruffini. El curador de la obra, recién impresa, fue el profesor J. A. Calvo Gomèz, director de la Cátedra, quien propuso para el volumen un título perfectamente alineado con las ponencias del congreso: "La opción por los pobres". Aurelia Macaluso, Directora General del Servicio Social Misionero, fundado por el cardenal Ruffini, destacó en su intervención que recordar a un pastor como el cardenal Ruffini, verdaderamente grande en la caridad, se traduce en una alabanza al Señor que se sirvió de este Obispo, "hombre de Dios", para sembrar en los surcos de la historia de la Diócesis de Palermo semillas de cercanía, justicia, dignidad a favor de los más pobres y excluidos.

Entre los participantes en el congreso se encuentra el doctor Paolo Ruffini, prefecto del Dicasterio para la Comunicación de la Santa Sede, que ofreció a los participantes una reflexión sobre "la Caridad Social en el Cardenal Ernesto Ruffini". Haciendo uso de sus recuerdos personales y a veces conmovedores sobre su tío cardenal, recordó entre otras cosas que la opción preferencial por los pobres lo llevó a expresar así la caridad: "El pobre representa a Cristo Redentor. Y si debemos tener una preferencia, esta debe ser por aquellos que están desfigurados, que están abandonados, que son el rechazo de la sociedad... El verdadero amor de Dios se realiza aquí abajo en el amor al prójimo y este segundo amor es la prueba irrefutable del primero... No se ama al prójimo si no se procura, en sus necesidades, ayudarlo. Para los pobres nunca es demasiado..." (Carta pastoral "La vida cristiana", 19 de marzo de 1953). "Había encontrado en el Evangelio -continuó Ruffi-

ni- la respuesta a sus preguntas, a su sed infantil de perfección, de verdad, de felicidad, y también la raíz espiritual de la caridad social, de la fraternidad universal, del compromiso por el bien público". La coherencia entre las palabras leídas y dichas y las acciones realizadas, entre la Fe y las obras -subraya Paolo Ruffini- se expresa en su Testamento espiritual, donde escribió: "Siempre he amado la pobreza -soy desde joven sacerdote terciario capuchino- y gozo de morir sin poseer ninguna propiedad inmobiliaria. Pobre entre mis pobres que tanto me representan a Jesucristo, mi dulce Salvador". "Cuando murió -subraya Ruffini- el bien más preciado que dejó fueron sus obras sociales, y un gran pesar en aquellos que conocieron su amor de Pastor". Los pobres para él no eran una categoría: "Eran -escribe- personas para amar, haciéndose él mismo pobre". Así nació una vocación dentro de la vocación. Y la conciencia de que es en los pobres donde Dios se revela, y es solo compartiendo su pobreza que se les encuentra plenamente. "Una semana después de su llegada a Palermo (31 de marzo de 1946) habían llegado al arzobispado más de 80,000 solicitudes de ayuda. Ninguna carta quedó sin respuesta. El cardenal leía en voz alta, con sus colaboradores, casi todas las cartas que le entregaba su secretario. Leía y buscaba la respuesta adecuada... La religión -decía- "no es solo culto, sino fermento social... No se puede tener paz mientras se sepa que en nuestra parroquia hay pobres sin pan y sin techo. Si es necesario, se permitirá vender los cálices para socorrerlos y también yo venderé mi cruz de obispo". Y aún más: "La caridad es la sustancia del Evangelio, no es una virtud opcional" (*Saludos Navideños a las autoridades*, Palermo 1950). Ruffini, enfatiza cómo su tío cardenal, "frente a la fragilidad del bienestar público, confiando en la providencia, diseñó y dio vida en Palermo y provincia a una serie impresionante

de obras sociales entre los años cuarenta y cincuenta: comedores para pobres donde fuera posible; un policlínico central para enfermos sin asistencia mutualista y doce ambulatorios periféricos; doce centros de servicio social; cuarenta y tres oratorios; escuelas populares para analfabetos, niños y adultos; veintitrés guarderías; quince colonias de verano diurnas y residenciales; un pueblo para los sin techo; uno para los ancianos, sorprendentemente moderno como alternativa a los asilos y residencias de ancianos; una casa para niños. Muy atento al papel de la mujer, fundó el Instituto de Asistentes Sociales Misioneras, apóstoles de la caridad, dedicadas a la promoción de los pobres y trabajadores y a lo que hoy llamamos desarrollo humano integral. Nada conservador en el plano social, decía: "Las viejas formas ya no son suficientes". Pedía al poder público actuar y movilizaba a la Iglesia a hacer su parte, siguiendo el principio de subsidiariedad. En este sentido, fue un precursor. El aporte del cardenal Matteo Zuppi, arzobispo de Bolonia y presidente de la CEI, también fue muy esclarecedor, al tratar "La pasión por el pobre y la inclusión social del cardenal Ernesto Ruffini". Destacó cómo el cardenal fue "un creyente que confía en la fuerza de la Palabra" y "está disponible los sábados para estar solo con el Señor", "atento sobre todo a los más pequeños, a los pobres" y a toda persona que estuviera en necesidad. Nos convencimos de que no podríamos cumplir plenamente el Oficio Pastoral, sin tener en cuenta a los niños desamparados, a los pobres, a los enfermos, a los ancianos y a los trabajadores de cualquier categoría... Las prescripciones legales y los ordenamientos públicos de Beneficencia no pueden atender a una población necesitada demasiado numerosa. Por eso recomendaba repetidamente la importancia de tender siempre a "ser santos y hacerse santos". Es una conciencia, según Zuppi, "constitutiva



de la fe del cardenal que lo llevó a iniciativas muy importantes, audaces y pioneras en el campo de la Caridad social", indicativa de cómo sin la relación con Dios y con la Escritura, no hay servicio a los pobres. El presidente de la Conferencia Episcopal Italiana retomó entonces la primera Carta Pastoral del cardenal Ruffini, "El Deber social" de 1947, en la que destaca que el Evangelio, "no habla tanto de justicia como de amor, pero es evidente que el amor incluye la justicia y la supera completándola". El cardenal Zuppi luego subrayó cómo "todo remite a la Palabra de Dios que debe ponerse en práctica para encontrarse y servir al pobre como sacramento de Cristo". En una carta dirigida a Iginio Giordani, citada por Zuppi, el difunto arzobispo de Palermo afirmaba que "hay un solo cristianismo y consiste en realizar el amor de Dios, cumpliendo las obras de misericordia". "Para él", afirmó Zuppi, "la caridad se convierte en proyecto, pero siempre con ese más allá que es el amor y las innumerables obras sociales que realizó tenían esta característica. Los Pueblos de la caridad pensados con amor, como el Pueblo 'Cardenal Ruffini' para las familias sin hogar, tenían como objetivo responder a las necesidades concretas, dar lo mejor para quienes no tenían nada, hacerlos sentir como en casa y brindarles protección. El cardenal unía al proyecto la caridad social interceptando los sufrimientos, los necesidades y la pobreza al punto de que "él mismo dibujaba los proyectos, los imaginaba con el corazón y los dibujaba con papel y pluma como fue precisamente para el Pueblo de la Hospitalidad... - un módulo urbanístico que él inventó para alojar a parejas de ancianos necesitados de vivienda y asistencia (...) siempre proyectaba, proyectaba mucho y también en grande: 500 apartamentos... no una respuesta pequeña... no lo que puedo, sino lo que se necesi-



Papa Juan XXIII con el cardenal Ruffini

SIGUE EN LA PÁGINA 7

Audiencia del Papa en el Seminario de Nápoles

En la Iglesia como "obreros" de una obra siempre abierta

La exhortación a ser y trabajar en la Iglesia como "obreros" en una obra siempre abierta ha sido dirigida por el Papa Francisco a la comunidad del Seminario Arzobispal de Nápoles, recibida en audiencia la mañana del viernes 16 de febrero, en la Sala Clementina. Publicamos, a continuación, el texto del discurso entregado por el Pontífice a los presentes.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Gracias por haber venido aquí esta mañana y por haber deseado este encuentro en el 90 aniversario de la inauguración de su Seminario "Alessio Ascalesi". Saludo al arzobispo, monseñor Domenico Battaglia, y a los hermanos obispos, al rector, a los educadores y a los padres espirituales, a todos, dándoles las gracias por su valioso servicio. Saludo con alegría a todos los que, de distintas formas, contribuyen a su formación: al preside y al decano de la Facultad, a las hermanas y también a los matrimonios, cuya presencia es un signo importante, que nos recuerda la complementariedad entre Orden sagrado y Sacramento del matrimonio: en la formación sacerdotal necesitamos la contribución de quienes han elegido el camino del matrimonio. ¡Gracias por lo que hacen! Y gracias también a los consultores psicológicos, al personal administrativo y de servicio.

Me dirijo con afecto a ustedes, seminaristas. Siento que debo expresarles mi gratitud por responder a la llamada del Señor y por su disponibilidad para servir a su Iglesia; y que debo animarles a cultivar cada día la belleza de la fidelidad, con entusiasmo y compromiso, entregando su vida a la obra incesante del Espíritu Santo, que le ayuda a asumir la forma de Cristo. Recordémosnos esto: que la formación no termina nunca, dura toda la vida, y que, si te detienes, no te quedas donde estabas, sino que vuelves atrás. Precisamente pensando en este continuo trabajo interior

que es la formación sacerdotal y en el aniversario de vuestro Seminario, me viene a la mente la imagen de la obra en construcción.

La Iglesia es, ante todo, una obra siempre abierta. Es decir, que permanece en constante movimiento, abierta a la novedad del Espíritu, superando la tentación de preservarse a sí misma y a sus propios intereses. El principal trabajo de la "obra Iglesia" es caminar en compañía del Crucificado Resucitado, llevando a los hombres la belleza de su Evangelio. Esto es lo esencial. Esto es lo que nos está enseñando el camino sinodal, esto es lo que nos pide la escucha del Espíritu y de los hombres de nuestro tiempo, sin compromisos; pero también es lo que se les pide a ustedes: ser servidores -esto quiere decir ministros- que saben adoptar un estilo de discernimiento pastoral en cada situación, sabiendo que todos, sacerdotes y laicos, estamos en camino hacia la plenitud y somos obreros de una obra en construcción. No podemos ofrecer respuestas monolíticas y pre-empaquetadas a la compleja realidad de hoy, sino que debemos invertir nuestras energías anunciando lo esencial, que es la misericordia de Dios, y manifestándolo a través de la cercanía, la paternidad, la mansedumbre, afinando el arte del discernimiento.

Por eso, el camino de formación al presbiterado es también una obra de construcción. No hay que cometer nunca el error de sentir que se ha llegado, de considerarse preparados para los desafíos. La formación sacerdotal es una obra de construcción en la que cada uno de ustedes está llamado a jugarse en la verdad, a dejar que Dios construya su obra a lo largo de los años. Por tanto, no tengan miedo de dejar que el Señor actúe en su vida; como en una obra de construcción, el Espíritu vendrá primero a demoler aquellos aspectos, aquellas convicciones, aquel estilo



e incluso aquellas ideas incoherentes sobre la fe y el ministerio que les impiden crecer según el Evangelio; luego, el mismo Espíritu, después de haber limpiado las falsedades interiores, les dará un corazón nuevo, edificará su vida según el estilo de Jesús, hará que se conviertan en nuevas criaturas y discípulos misioneros. Hará madurar su entusiasmo a través de la cruz, como hizo con los Apóstoles. Pero no tengan miedo: ciertamente puede ser un trabajo fatigoso, pero si permanecen dóciles y verdaderos, disponibles a la acción del Espíritu sin ponerse rígidos ni defenderse, descubrirán la ternura del Señor dentro de sus fragilidades y en la pura alegría del servicio. En esta obra de construcción que es su formación, cavén hondo, "haciendo la verdad" en ustedes con sinceridad, cultivando la vida interior, meditando la Palabra, profundizando en el estudio de las cuestiones teológicas y pastorales. Y permítanme recomendarles una cosa: trabajen la madurez afectiva y humana. ¡Sin ella no se va a ninguna parte!

Por último, la estructura del Seminario en sí es como una gran obra en construcción. Y no me refiero, obviamente, al área de la construcción. En la formación sacerdotal está en marcha un proceso que incluye nuevas preguntas y nuevas adquisiciones: los itinerarios formativos están sufriendo muchas transformaciones, a la escucha de los desafíos que le esperan al ministerio sacerdotal y que requieren compromiso, pasión y sana creatividad por parte de todos. Se están experimentando nuevas experiencias pastorales y misioneras, con la intención de favorecer la inserción gradual en la futura vida ministerial; se están previendo interrupciones en el itinerario para favorecer la maduración individual. Es bueno acoger y examinar estas novedades, viviéndolas

como oportunidades de gracia y de servicio, captando en ellas la presencia de Dios.

Acabamos de empezar el camino cuaresmal que, como he tenido ocasión de decir, es "un tiempo de pequeñas y grandes decisiones a contracorriente [...] para reflexionar sobre los estilos de vida" (Mensaje para la Cuaresma 2024). Que su comunidad recorra también este camino de conversión y renovación. ¿Cómo? Dejándose conquistar con renovado asombro por el amor de Dios, fundamento de la vocación que se acoge y se redescubre en particular en la adoración y en el contacto con la Palabra; redescubriendo con alegría el gusto por la sobriedad y evitando el desperdicio; aprendiendo un estilo de vida que les servirá para ser sacerdotes capaces de darse a los demás y de estar atentos a los más pobres; no dejándose engañar por el culto a la imagen y a la apariencia, sino cuidando la vida interior; cuidando la justicia y la creación, temas actuales y candentes en su tierra, que espera, en este sentido, palabras valientes y signos proféticos de la Iglesia; viviendo en paz y armonía, superando las divisiones y aprendiendo a vivir en fraternidad con humildad. Y la fraternidad es, especialmente hoy, uno de los mayores testimonios que podemos ofrecer al mundo.

Que los "trabajos en curso" de su obra estén acompañados por la intercesión de los santos: por su Patrono San Genaro, cuya presencia y sangre siguen rociando las tierras que ustedes habitan; por San Vicente Romano, el párroco que se formó en su seminario, modelo de celo apostólico y espíritu misionero; y por el Beato Mariano Arciero, su padre espiritual, cuya memoria litúrgica cae hoy. Les deseo lo mejor en su camino y los acompaño con mi oración. Ustedes también, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.



Un pastor cercano a los pobres

VIENE DE LA PÁGINA 5

ta". El Profesor Don Francesco Conigliaro de la Diócesis de Palermo, que conoció personalmente al cardenal Ruffini con quien tuvo una relación espiritual, testificó que el difunto por su elección, los sábados no recibía personas en el Arzobispado, sino que se dedicaba a la oración. Y entonces me invitaba tanto a rezar como a dialogar sobre cosas espirituales". Y destacó cómo el cardenal Ruffini vivió su misión testificando con la vida su pobreza personal como parte de la más amplia, magnánima e inteligente caridad social, que no significa otra cosa que servir al Señor en los pobres. Conigliaro concluyó definiendo a Ruffini como un gran hombre, Sacerdote, Obispo, un cristiano, padre de los pobres y un santo, así afirmando: "el cardenal, es ciertamente un santo de la caridad, y precisamente de ese aspecto particular por el cual es también profeta: "la caridad social". En este campo, el cardenal arzobispo Ruffini es más que nunca, también para nosotros hoy, maestro y ejemplo". El volumen de los Actos también contiene un contributo, en lengua española del profesor M. Ángel Dionisio Vivas, de la Universidad Complutense de Madrid, sobre la situación histórico-sociológica italiana en la primera mitad del siglo XX, que ayuda a comprender el protagonismo del cardenal Ruffini en Palermo; un texto del profesor R. Ángel Pardo, de la UPSA, que ha destacado los fundamentos de la acción pastoral del cardenal partiendo de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Mientras que la profesora M. Jesús Domínguez, ASM., de la Universidad de León ha expuesto la vasta obra profética realizada por el cardenal fundada en los principios del humanismo cristiano. La profesora Franca Tonini, ASM. de la UPSA, ha realizado una ponencia sobre el tema "La cátedra Card. Ernesto Ruffini de la Universidad Pontificia de Salamanca, en su XXV Aniversario de fundación", proponiendo algunos manuscritos del cardenal que ayudan a conocer su dimensión humana y espiritual. De la lectura de estos textos se deduce cómo el aporte del Cardenal Ruffini es actual para la Iglesia y la sociedad de hoy, y cómo su actualidad vincula la dimensión social a la personal, arraigándolas en su vida de creyente, en su espiritualidad y en sus características personales. Él repetía: "En el necesitado, aunque olvidado y menospreciado por los hombres, está Cristo mismo; no socorrerlo, pudiendo hacerlo, es rechazar el homenaje debido a Dios". Ruffini sintió profundamente la responsabilidad de la coherencia de un creyente que abraza con una única mirada a Cristo y a su pueblo con el fin de observar al Señor mientras actúa en medio de ellos, a través de un ministerio creativo e innovador. Él amaba y servía a los pobres; para ellos había inventado las más originales y audaces iniciativas de promoción. Pero hoy, permítanme decirlo, también se puede encontrar cierto paralelismo entre "la opción preferencial por los pobres", la "caridad social" vivida y testimoniada por el Cardenal Ruffini y el iluminado Magisterio del Papa Francisco que continuamente nos insta a prestar una vigilante y constante atención para estar cerca de las nuevas formas de pobreza y fragilidad en las que se encuentran muchos de nuestros hermanos y hermanas, reconociendo en cada hermano "la carne sufriente de Cristo". (FIN)

Prefacio del Papa Francisco al nuevo libro de Ivereigh. Los retiros espirituales no son vacaciones "de bienestar"

Pertenecer a Dios

Titulado *First belong to God - On retreat with Pope Francis* (Primero ser de Dios - En retiro con el Papa Francisco), el nuevo libro del periodista y escritor británico Austen Ivereigh presenta meditaciones del jesuita Jorge Mario Bergoglio sobre retiros que ha predicado en el pasado y sus enseñanzas como pontífice sobre los ejercicios ignacianos. Publicado por Loyola Press (Chicago 2024, pp. 240), el libro es una especie de guía espiritual que acompaña al lector siguiendo el programa tradicional de ocho días según el método del fundador de la Compañía de Jesús. Publicamos, a continuación, una traducción del inglés del prefacio escrito por el propio Papa Francisco.

Precisamente por su experiencia vital, San Ignacio de Loyola vio con mucha claridad que cada cristiano está implicado en una batalla que define su vida. Es una lucha para vencer la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, para dejar que el amor del Padre habite en nosotros.

Cuando damos cabida al Señor que nos salva de nuestra autosuficiencia, nos abrimos a toda creación y a toda creatura, y nos convertimos en canales de la vida y del amor del Padre. Sólo entonces caemos en la cuenta de la vida como realmente es: un don del Padre que nos ama profundamente y desea que le pertenezcamos a Él y a los demás.

Esta batalla ya ha sido ganada para nosotros por Jesús, a través de su muerte ignominiosa en la Cruz y su resurrección.

De este modo, el Padre reveló de manera definitiva y para siempre que su amor es más fuerte que todos los poderes de este mundo. Pero aun así la lucha permanece para aceptar y hacer real esa victoria: continuamos tentados a cerrarnos a esa gracia, a vivir mundanamente, en la ilusión de ser soberanos y autosuficientes.

Todas las crisis mortales que nos acosan en el mundo, desde la crisis ecológica a las guerras, las injusticias contra los pobres y los frágiles, tienen su raíz en este rechazo de nuestra pertenencia a Dios y a los demás.

La Iglesia nos ayuda de muchas maneras a luchar contra esa tentación. Sus tradiciones y enseñanzas, sus prácticas de oración y confesión y la celebración regular de la Eucaristía son "canales de gracia" que nos abren para recibir los dones que el Padre desea derramar sobre nosotros.

Entre esas tradiciones está el retiro espiritual, y entre ellos, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.

Por las incesantes presiones y tensiones de una sociedad obsesivamente competitiva, los retiros para "recargar las pilas" se han vuelto muy populares. Un retiro cristiano es muy distinto de las vacaciones de "bienestar". El centro de atención no somos nosotros, sino Dios, el Buen Pastor, que, en vez de tratarlos como máquinas, responde a nuestras más profundas necesidades como hijos suyos de quienes está enamorado.

El retiro es un tiempo para que el Creador hable directamente a sus criaturas, inflamando nuestras almas con su "amor y alabanza" para que podamos "servir mejor a Dios en el futuro" en las palabras de San Ignacio (E.E. 15).

El amor y el servicio: son los dos ejes de los Ejercicios Espirituales. Jesús sale a nuestro encuentro, rompe nuestras cadenas para que caminemos junto

a él, como sus discípulos y compañeros.

Cuando pienso en los frutos de los Ejercicios veo a Jesús diciéndole al paralítico junto a la piscina de Betzatha: "¡Levántate, coge tu camilla y anda!" (Jn 5,1 -16). Es una orden que hay que obedecer y, a la vez, su invitación más suave y cariñosa.

El hombre estaba paralizado internamente. Se sentía un fracasado en un mundo de rivales y competidores. Resentido y amargado por lo que sentía que se le había negado, estaba atrapado en la lógica de la autosuficiencia, convencido de que todo dependía de él y de su propia fuerza. Y como los demás son más fuertes y más rápidos que él, ha caído en la desesperación. Pero es ahí donde Jesús sale a su encuentro con su misericordia, y le llama a salir de sí mismo. Una vez que se abre al poder curativo de Jesús, su parálisis, tanto interior como exterior, queda curada. Ya puede levantarse para caminar adelante, alabando a Dios y trabajando por su Reino, liberado del mito de la autosuficiencia y aprendiendo cada día a depender más de su gracia. De ese modo se

hace discípulo, capaz de afrontar mejor no sólo los desafíos de este mundo, sino de desafiar al mundo a funcionar según la lógica del don y del amor.

Como Papa he buscado alentar nuestra pertenencia "primero" a Dios, y después a la creación y a nuestros semejantes, especialmente a los que nos gritan.

Por eso quise tener presentes las dos grandes crisis de nuestra época: el deterioro de nuestra casa común y las migraciones y los desplazamientos masivos de personas. Ambas son síntomas de la "crisis de la no pertenencia" descrita en estas páginas. Por la misma razón, quise animar a la Iglesia a redescubrir el don de su propia tradición de sinodalidad, porque cuando se abre al Espíritu que habla en el Pueblo

de Dios, toda la Iglesia se levanta y camina adelante, alabando a Dios y contribuyendo a la realización de su Reino.

Me agrada ver estos temas tan presentes en *Primero Pertenecer a Dios*, ligados a las contemplaciones de San Ignacio que me han formado a lo largo de los años. Austen Ivereigh nos ha hecho un gran servicio al reunir, por un lado, las charlas de retiro que di hacen muchas décadas y, por otro mis enseñanzas como Papa, permitiendo que ambas iluminen, y sean a su vez iluminadas por, los Ejercicios de San Ignacio.

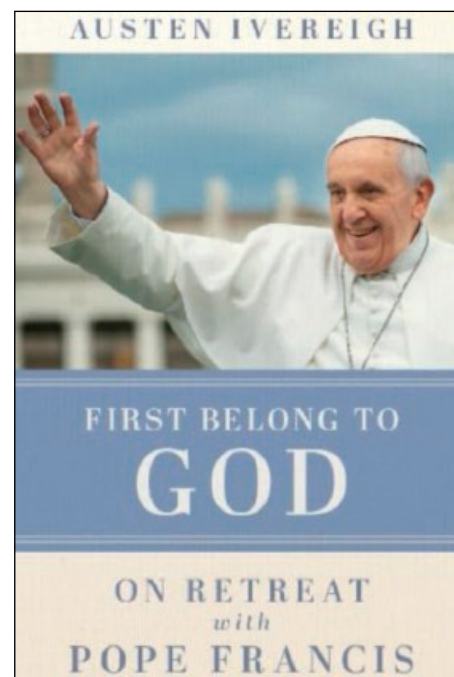
No es tiempo de atrincherarse y encerrarse. Veo claramente que el Señor nos llama a salir de nosotros mismos, a levantarnos y a caminar.

Nos pide que no nos alejamos de los dolores y gritos de nuestro tiempo, sino que entremos en ellos, abriendo canales de su gracia. Cada uno de nosotros es ese canal, en virtud de nuestro bautismo. La cuestión es abrirlo, y mantenerlo abierto.

Que estos ocho días para disfrutar su amor te ayuden a escuchar la llamada del Señor a convertirte en fuente de vida, esperanza y gracia para los demás, y a descubrir así la verdadera alegría de vuestra vida. Que encuentres el magis del que habla San Ignacio, ese "más", que nos llama a descubrir la profundidad del amor de Dios en la mayor entrega de nosotros mismos.

Y, por favor, siempre que te acuerdes, no olvides rezar por mí, para que nos ayude a pertenecer siempre primero a Dios.

Ciudad del Vaticano, 12 de octubre de 2023
Fiesta de la Virgen del Pilar



El discurso preparado por el Papa para los diáconos de la diócesis de Roma

La vida pastoral es una aventura eucarística al servicio de los demás

Publicamos, a continuación el discurso preparado por Francisco para la audiencia a los diáconos ordenandos presbíteros de la diócesis de Roma, prevista para el 24 de febrero y luego cancelada por el Papa «como medida de precaución» — junto con todas las demás audiencias programadas para el día — «a causa de un leve estado gripal».

Queridos hermanos:

Gracias por estar aquí. Saludo a monseñor Di Tolve y os doy la bienvenida a cada uno de vosotros, contentos de encontraros en este tiempo que precede a vuestra ordenación presbiteral.

¡Supongo que, pensando en ese día, ya estáis “estudiando” el rito de la ordenación! Pues bien, la primera pregunta que se os hará sobre los compromisos que profesaréis asumir, dice: «¿Queréis ejercer durante toda vuestra vida el ministerio sacerdotal en el grado de presbíteros, como fieles cooperadores del orden de los obispos en el servicio del pueblo de Dios, bajo la guía del Espíritu Santo?». En estas palabras, me parece ver tres elementos esenciales en el ministerio: en primer lugar, ser fieles cooperadores, luego ponerse al servicio del pueblo de Dios; finalmente, estar bajo la guía del Espíritu Santo. Me detendré brevemente en estos tres puntos.

Fieles cooperadores. Uno puede tener la idea de que, una vez que se ha convertido en sacerdote, pastor en el pueblo de Dios, ha llegado esencialmente la hora de tomar las riendas de la situación, realizando en primera persona lo que había deseado durante años, configurando finalmente las situaciones con su propio estilo y de acuerdo con sus propias ideas, las que más le importan en función de su historia personal y de su camino. Sin embargo, la Santa Ma-

dre Iglesia en primer lugar no pide ser líderes, sino cooperadores, es decir, según el sentido de las palabras, aquellos que “trabajan con”. Este «con» es esencial, porque la Iglesia, como nos recuerda el Concilio, es ante todo un misterio de comunión. Y el presbítero es testigo de esta comunión, que implica fraternidad, fidelidad y docilidad. Coristas, en definitiva, no solistas; hermanos en el presbiterado y sacerdotes para todos, no para el propio grupo; ministros siempre en perenne formación, sin pensar nunca en ser autónomos y autosuficientes. Qué importante es hoy continuar la formación, y no solos, sino siempre en contacto con quienes, llamados a acompañaros, han recorrido más camino en el ministerio; y hacerlo con apertura de corazón, para no ceder a la tentación de gestionar la vida por cuenta propia, convirtiéndose así en presa fácil de las tentaciones más variadas.

Segundo aspecto: al servicio del pueblo de Dios. Me gusta encontrarme con vosotros ahora, mientras sois diáconos, porque no os convertís en pastores si antes no sois diáconos. El diaconado no se desvanece con el presbiterado; al contrario, es la base sobre la que se funda. Seréis sacerdotes para servir, conformados a Jesús que «no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida» (cf. Mc 10-45) Diría entonces que hay que custodiar un fundamento interior del sacerdocio, que podríamos llamar «conciencia diaconal»: así como la conciencia está en la base de las decisiones, así el espíritu de servicio está en la base del ser sacerdotes. Así que cada mañana es bueno rezar pidiendo saber servir: “Señor, hoy ayúdame a servir”; y cada noche, agradeciendo y haciendo el exa-



men de conciencia, decir: “Señor, perdóname cuando he pensado más en mí que en ponerme al servicio de los demás”. Pero servir, queridos amigos, es un verbo que rechaza toda abstracción: servir quiere decir estar disponibles, renunciar a vivir según la propia agenda, estar preparados para las sorpresas de Dios que se manifiestan a través de las personas, los imprevistos, los cambios de programa, las situaciones que no entran en nuestros esquemas y en la “justeza” de lo que se ha estudiado. La vida pastoral no es un manual, sino una ofrenda diaria; no es un trabajo preparado en la mesa, sino “una aventura eucarística”. Es repetir con la vida, en primera persona: «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros». Es una actitud constante, hecha de acogida, compasión, ternura, un estilo que habla con los hechos más que con las palabras, expresando el lenguaje de la cercanía. Es no querer a las personas para segun-

das intenciones, aunque fueran las mejores, sino reconociendo en ellas los dones únicos y maravillosos que el Señor nos ha dado para servirles, con alegría, con humildad. Es la alegría de acompañar los pasos tomados de la mano, con paciencia y discernimiento. Y es bajo esta luz que, con la gracia de Dios, se supera el peligro de incubar dentro de sí un poco de amargura y de insatisfacción por las cosas que no salen como quisiéramos, cuando la gente no responde a nuestras expectativas y no se adecua a nuestras expectativas.

Y ahora llegamos al último aspecto: bajo la guía del Espíritu Santo. Al Espíritu, que descenderá sobre vosotros, es importante darle siempre la primacía. Si esto sucede, vuestra vida, como fue para los Apóstoles, estará orientada al Señor y por el Señor, y vosotros seréis verdaderamente “hombres de Dios”. De lo contrario, cuando se cuenta con las propias fuerzas, se corre el riesgo de encontrarse con un puñado de moscas en la mano. La vida bajo la guía del Espíritu: significa pasar de la unción de la ordenación a una “unción diaria”. Y Jesús derrama sobre nosotros la unción del Espíritu cuando estamos en su presencia, cuando lo adoramos, cuando estamos íntimos a su Palabra. Estar con Él, permanecer con Él (cf. Jn 15), además, nos permite también interceder ante Él por el Santo Pueblo de Dios, por la humanidad, por las personas que se encuentran cada día. Así, un corazón que saca su alegría del Señor y fecunda de oración las relaciones, no pierde de vista la belleza atemporal de la vida sacerdotal.

Esto os deseo, queridos hermanos, agradeciendoos vuestro «sí» a Dios y pidiéndoos, por favor, que recéis todos los días por mí.



Primer sermón de Cuaresma del cardenal Raniero Cantalamessa

Cuando los medios destruyen

Hoy, por desgracia, existe en la sociedad "una especie de 'dientes' que muelen sin piedad, más cruelmente que los dientes del leopardo" de los que hablaba san Ignacio de Antioquía: son "los 'dientes' de los medios de comunicación y de lo llamado social". Lo dijo esta mañana el cardenal capuchino Raniero Cantalamessa en el aula Paul vi, durante el primer sermón de Cuaresma en preparación de la Pascua.

Actualizando las palabras del obispo mártir Ignacio – "Yo soy trigo de Dios y [debo ser] molido por los dientes de las fieras para convertirme en puro pan de Cristo"–, el predicador de la Casa Pontificia explicó que los medios de comunicación "merecen todo respeto y estima" cuando "señalan los males de la sociedad o de la Iglesia"; mientras que no cumplen su misión si "se vuelven contra alguien por sus

Dios "puede hacer de ello –y a menudo lo ha hecho– una ocasión de purificación y santificación". Se trata de "tener confianza en que, al final, como le ocurrió a Jesús, la verdad triunfará sobre la mentira". Y triunfará mejor, "tal vez, con el silencio que con la autodefensa más agresiva".

Otra oportunidad "que no hay que desaprovechar, si también queremos ser 'molidos' para convertirnos en harina de Dios" es "aceptar que nos contradigan, renunciar a justificarnos y a querer tener siempre la razón, cuando no lo exige la importancia del asunto". O también, "soportar a alguien cuyo carácter, modo de hablar o de hacer las cosas nos saca de quicio, y hacerlo sin irritarnos interiormente, pensando, más bien, que también nosotros somos tal vez para alguien una persona así". Se trata, observó el fraile menor capuchino, de dos

Iglesia". Entre los dos cuerpos, el "cuerpo eucarístico y el cuerpo místico de la Iglesia, no sólo hay semejanza, sino también dependencia". Y es gracias "al misterio pasional de Cristo que actúa en la Eucaristía, que podemos encontrar la fuerza para dejarnos "arraigar", día a día, en las pequeñas, y a veces grandes, circunstancias de la vida".

El cardenal desarrolló el tema de los sermones "Pero, ¿quién decís que soy yo? (*Mateo 16, 15*)" a partir del diálogo entre Cristo y los apóstoles en Cesarea de Filipo. La pregunta de Jesús, explicó, no debe tomarse "en el sentido en que suele entenderse esa pregunta"; es decir, como si el Señor "estuviera interesado en saber lo que la Iglesia piensa de él, o lo que nuestros estudios teológicos nos dicen de él". Ha de tomarse como "toda palabra que sale de la boca de Jesús ha de

pia Iglesia, como uno se ve obligado a hacer en otros contextos, sino con una mirada introspectiva", como una "evangelización para evangelizar, un llenarnos de Jesús" para hablar de él "por redundancia de amor".

Partiendo de la primera de estas afirmaciones del Señor, "Yo soy el pan de vida", el predicador preguntó: "¿cómo y dónde se come este pan de vida?". La respuesta de los Padres de la Iglesia, señaló el cardenal, fue: en dos "lugares" o de dos maneras, "en el sacramento y en la Palabra, es decir, en la Eucaristía y en la Escritura". Ha habido, reconoció, "énfasis diferentes": algunos han insistido "más en la Palabra de Dios", mientras que otros han subrayado "la interpretación eucarística". Ninguno de ellos, sin embargo, "ha pretendido hablar de una manera excluyendo la otra". Se habla de la Palabra y de la Euc-



propias razones, simplemente porque no pertenece a su propio bando". Todo ello "con malicia, con intención destructiva, no constructiva". Pobre de quien acabe hoy en esta picadora de carne, sea laico o clérigo", comentó.

En este caso, añadió Cantalamessa, "es lícito y oportuno hacer valer las propias razones en los foros adecuados, y si esto no es posible, o se ve que no sirve de nada", no le queda al creyente más que "unirse a Cristo flagelado, coronado de espinas y escupido". En la carta a los Hebreos, señaló el cardenal, leemos esta exhortación a los primeros cristianos que puede ayudar en tales ocasiones.

Es algo "difícil y doloroso en el mejor de los casos, sobre todo si está en juego la propia familia natural o religiosa", pero la gracia de

significativos "campos de prueba", especialmente para quienes trabajan en la Curia romana, "que –señaló Cantalamessa– no es una comunidad religiosa o matrimonial, sino de servicio y de trabajo eclesial".

En esencia, la finalidad última de dejarse "moler" no es "de naturaleza ascética, sino mística; sirve no tanto para mortificarse como para crear comunión". Esta es una verdad que ha acompañado a la catequesis eucarística desde los primeros tiempos de la Iglesia. Sigue siendo ejemplar, a este respecto, un discurso de san Agustín que, desarrollando este tema, establece un paralelismo entre el proceso que "lleva a la formación del pan que es el cuerpo eucarístico de Cristo y el proceso que lleva a la formación de su cuerpo místico que es la

tomarse, es decir, como dirigida, hic et nunc, a quien la escucha, individualmente, personalmente".

Para llevar a cabo este examen, dijo Cantalamessa, otro evangelista, Juan, viene al rescate. En su Evangelio, en efecto, "encontramos toda una serie de declaraciones de Jesús, el famoso Ego eimi, "Yo soy", con las que revela lo que piensa, él, de sí mismo, de quien dice ser: "Yo soy el pan de vida", "Yo soy la luz del mundo", etcétera". El predicador repasará durante los sermones cinco de estas autorevelaciones para preguntarse cada vez si "Él es realmente para nosotros lo que dice ser, y cómo hacer que lo sea más".

Será un momento, añadió, "para ser vivido de manera especial". No, es decir, "mirando hacia fuera, a los problemas del mundo y de la pro-

ristía como de las "dos mesas" puestas por Cristo. Y esto es especialmente evidente en la liturgia, donde "su síntesis se ha vivido siempre pacíficamente".

Precisamente sobre esta base, Cantalamessa exhortó a "dar un paso adelante", que consiste en "no limitar el comer la carne de Cristo y beber su sangre sólo a la Palabra y al sacramento de la Eucaristía, sino verlo realizado en cada momento y aspecto de nuestra vida de gracia". Jesús, al fin y al cabo, "es pan de vida eterna no sólo por lo que da, sino también –y ante todo– por lo que es". La Palabra y el Sacramento son el medio; vivir por Él y en Él es el fin". Todo el discurso de Jesús, por tanto, "tiende a aclarar qué vida es la que Él da: no vida de la carne, sino vida del Espíritu", es decir, "vida eterna".

Audiencia general de los miércoles

La “matemática” de Dios es la lógica del amor

El Pontífice habla de la envidia y la vanagloria



Dios tiene una “matemática” distinta de la nuestra”, porque su lógica es el amor”. Así lo recordó el Papa Francisco en la catequesis preparada para la audiencia general del miércoles 28 de febrero. Todavía “un poco resfriado” -como dijo introduciendo el encuentro con los fieles en el Aula Pablo VI-, el Pontífice confió a monseñor Filippo Ciampanelli, funcionario de la Secretaría de Estado, la lectura del texto que, en el contexto del ciclo de reflexiones dedicado a los vicios y las virtudes, se detiene en la envidia y la vanagloria.

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

Hoy examinaremos dos vicios capitales que encontramos en los grandes catálogos que nos ha legado la tradición espiritual: la envidia y la vanagloria. Comencemos por la envidia. En la Sagrada Escritura (cfr. Gen 4) se nos presenta como uno de los vicios más antiguos: el odio de Caín hacia Abel se desata cuando se da cuenta de que los sacrificios del hermano agradan a Dios. Caín era el primogénito de Adán y Eva, se había llevado la parte más considerable de la herencia paterna; sin embargo, es suficiente que Abel, el hermano menor, tenga éxito en una pequeña iniciativa, para que Caín se torne sombrío. El rostro del envidioso es siempre triste: mantiene baja la mirada, parece estar constantemente examinando el suelo, pero en realidad no ve nada, porque su mente está envuelta en pensamientos llenos de maldad. La envidia, si no se controla, conduce al odio del otro. Abel morirá a manos de Caín, que no pudo soportar la felicidad de su hermano.

La envidia es un mal estudiado no sólo en el ámbito cristiano: ha atraído la atención de filósofos y sabios de todas las culturas. En su base hay una relación de odio y amor: uno quiere el mal del otro, pero en secreto desea ser como él. El otro es la manifestación de lo que nos gustaría ser, y que en realidad no somos. Su suerte nos parece una injusticia: ¡seguramente -pensamos- nosotros nos merecemos mucho más sus éxitos o su buena suerte!

En la raíz de este vicio está una falsa idea de Dios: no se acepta que Dios tenga sus propias “matemáticas”, dis-

tintas de las nuestras. Por ejemplo, en la parábola de Jesús acerca de los obreros llamados por el amo para ir a la viña a distintas horas del día, los de la primera hora creen que tienen derecho a un salario más alto que los que llegaron los últimos; pero el amo les da a todos la misma paga, y dice: «¿No tengo derecho a disponer de mis bienes como me parece? ¿O es que mi generosidad va a provocar tu envidia?» (Mt 20,15). Quisiéramos imponer a Dios nuestra lógica egoísta, pero la lógica de Dios es el amor. Los bienes que Él nos da están destinados a ser compartidos. Por eso San Pablo exhorta a los cristianos: «Amense cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo» (Rm 12,10). ¡He aquí el remedio contra la envidia! Y llegamos al segundo vicio que examinamos hoy: la vanagloria. Ésta va de la mano con el demonio de la envidia, y juntos estos dos vicios son característicos de una persona que aspira a ser el centro del mundo, libre de explotar todo y a todos, el objeto de toda alabanza y amor. La vanagloria es una autoestima inflada y sin fundamentos. El vanaglorioso posee un “yo” dominante: carece de empatía y no se da cuenta de que hay otras personas en el mundo además de él. Sus relaciones son siempre instrumentales, marcadas por la prepotencia hacia el otro. Su

persona, sus logros, sus éxitos, deben ser mostrados a todo el mundo: es un perpetuo mendigo de atención. Y si a veces no se reconocen sus cualidades, se enfada ferozmente. Los demás son injustos, no comprenden, no están a la altura. En sus escritos, Evagrio Póntico describe el amargo asunto de algún monje afectado por la vanagloria. Sucede que, tras sus primeros éxitos en la vida espiritual, siente que ya ha llegado a la meta, y por eso se lanza al mundo para recibir sus alabanzas. Pero no se apercebe de que sólo está al principio del camino espiritual, y de que lo acecha una tentación que pronto le hará caer.

Para curar al vanidoso, los maestros espirituales no sugieren muchos remedios. Porque, después de todo, el mal de la vanidad tiene su remedio en sí mismo: las alabanzas que el vanidoso esperaba cosechar en el mundo pronto se volverán contra él. Y ¡cuántas personas, engañadas por una falsa imagen de sí mismas, cayeron más tarde en pecados de los que pronto se avergonzarían!

La instrucción más hermosa para superar la vanagloria se encuentra en el testimonio de San Pablo. El Apóstol se enfrentó siempre a un defecto que nunca pudo superar. Tres veces pidió al Señor que le librara de aquel tormento, pero al final Jesús le respon-

dió: «Te basta mi gracia; mi fuerza se realiza en la debilidad». Desde ese día, Pablo fue liberado. Y su conclusión debería ser también la nuestra: «Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo» (2 Cor 12,9).

Con motivo del “25 aniversario de la entrada en vigor de la Convención sobre la prohibición de las minas antipersona”, el Papa Francisco expresó su “cercanía a las numerosas víctimas de estos arteros artefactos, que -explicó- nos recuerdan la dramática crueldad de las guerras y el precio que las poblaciones civiles se ven obligadas a sufrir”. En la audiencia general del miércoles 28 de febrero, en el Aula Pablo VI, el Pontífice se refirió al aniversario del viernes 1 de marzo, denunciando cómo las minas siguen “golpeando a civiles inocentes, especialmente niños, incluso muchos años después del fin de las hostilidades”. En este sentido, el Papa Bergoglio agradeció a quienes “contribuyen a ayudar a las víctimas y a desminar las zonas contaminadas”, porque -añadió- “su trabajo es una respuesta concreta a la llamada universal a ser operadores de paz cuidando a nuestros hermanos y hermanas”. De ahí la exhortación final a no olvidar “a los pueblos que sufren a causa de la guerra: Ucrania, Palestina, Israel y tantos otros”, y a rezar en particular “por las víctimas de los recientes atentados contra lugares de culto en Burkina Faso” y “por el pueblo de Haití, donde continúan los crímenes y los secuestros por parte de bandas armadas”. Y es significativo que Francisco quisiera lanzar estos llamamientos con su propia voz, dado que al estar todavía “un poco resfriado” -como había dicho al introducir el encuentro- tuvo que hacer que uno de sus colaboradores leyera los otros textos preparados. Finalmente, “tras la audiencia general el Papa Francisco se dirigió al Hospital de Isola Tiberina - Isla Gemelli” de Roma “para someterse a algunas pruebas diagnósticas” al término de las cuales -según informó la Oficina de Prensa de la Santa Sede a los periodistas acreditados- “regresó al Vaticano”.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Nos vendría bien en esta Cuaresma meditar con frecuencia las “Letanías de la humildad” del cardenal Merry del Val, para combatir los vicios que nos alejan de la vida en Cristo. Que Dios los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

El 1º de marzo se celebrará el 25º aniversario de la entrada en vigor de la Convención sobre la prohibición de las minas antipersona, que siguen golpeando a civiles inocentes, sobre todo niños, incluso muchos años después del fin de las hostilidades. Expreso mi cercanía a las numerosas víctimas de estos artefactos perversos, que nos recuerdan la dramática crueldad de las guerras y el precio que las poblaciones civiles se ven obligadas a pagar. A este respecto, doy las gracias a todos aquellos que contribuyen a ayudar a las víctimas y a desminar las zonas contaminadas. Su trabajo es una respuesta concreta a la llamada universal a ser operadores de paz cuidando a nuestros hermanos y hermanas.

